



cinco mil doscientas treinta y nueve.
palabras para el camino

daniel martín castellano

ilustraciones
álex falcón



(C) del texto daniel martin castellano
(C) de las ilustraciones álex falcón
(C) de esta edición bilenio publicaciones

ISBN: ~~978-84-947246-2-6~~

Depósito Legal: GC 690-2017.

www.bileniopublicaciones.com

info@bilenio.com

Diciembre 2017.

Queda prohibida cualquier forma de reproducción no prevista en la ley, sin contar con la autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual.

A mis hermanas Ceci y Luli

*Pero nadie sabrá hasta donde
habré tenido que esperar, por las orillas,
para poder nombrar una palabra...*

Manuel Padorno, "La palabra precisa",
Obras completas - Tomo I: 1955-1991
(Editorial Pre-Textos, 2016), 233



madrugá

No hablaba con nadie. Pocos habían escuchado su voz aterciopelada. Yo sí. Fue una mañana de invierno. Las gaviotas revoloteaban chillonas alrededor del faro. Ella se acercó con su mano izquierda escondida en el bolsillo del pantalón de lana. Curioseaba por las ventanas y saltaba a través de ellas o se colaba por la puerta de la cocina, que estaba casi siempre abierta. Al principio me asustó, pero me acostumbré a verla y le permitía estar en cualquier parte.

Había aceptado aquel trabajo alejado del ruido, de las carreras sin premio, de los concursos y consentimientos. Aquí estaba solo. Me acercaba de vez en cuando al pueblo a buscar víveres: bastante agua, fruta, algún trozo de carne y una botella de ginebra con la que entretener a los recuerdos, sobre todo esos que te acompañan siempre y no te dejan, ni aunque los espantes. Los carretes del número ocho, los anzuelos y aparejos de pesca, formaban parte del atrezzo de mi vida.

No quería hacer amigos ni conocidos. Ya el río se había desbordado y aquellos lodos me arrastraron hasta esta isla perdida al norte del Atlántico. Ahora solo tenía que ocuparme del faro y, desde hacía unos meses, de Madrugá, la niña de ojos tibios.

Mi equipaje fue austero: libros, un par de retratos, alguna camisa nueva, una libreta a medio escribir, algunos pinceles y el tocadiscos. Era un viejo aparato Philips que incorporaba dos columnas que emitían un sonido inconfundible, que recorría cada rincón de aquel torreón de piedra: mi nueva casa. Cada vez que tenía que subir a lo alto, el tocadiscos giraba, como yo, al ascender por aquellas estrechas escaleras. Sin el serpenteante sonido, sin el constante coqueteo de los boleros que escuchaba, hubiera sido imposible soportar por mucho tiempo aquella soledad impuesta.

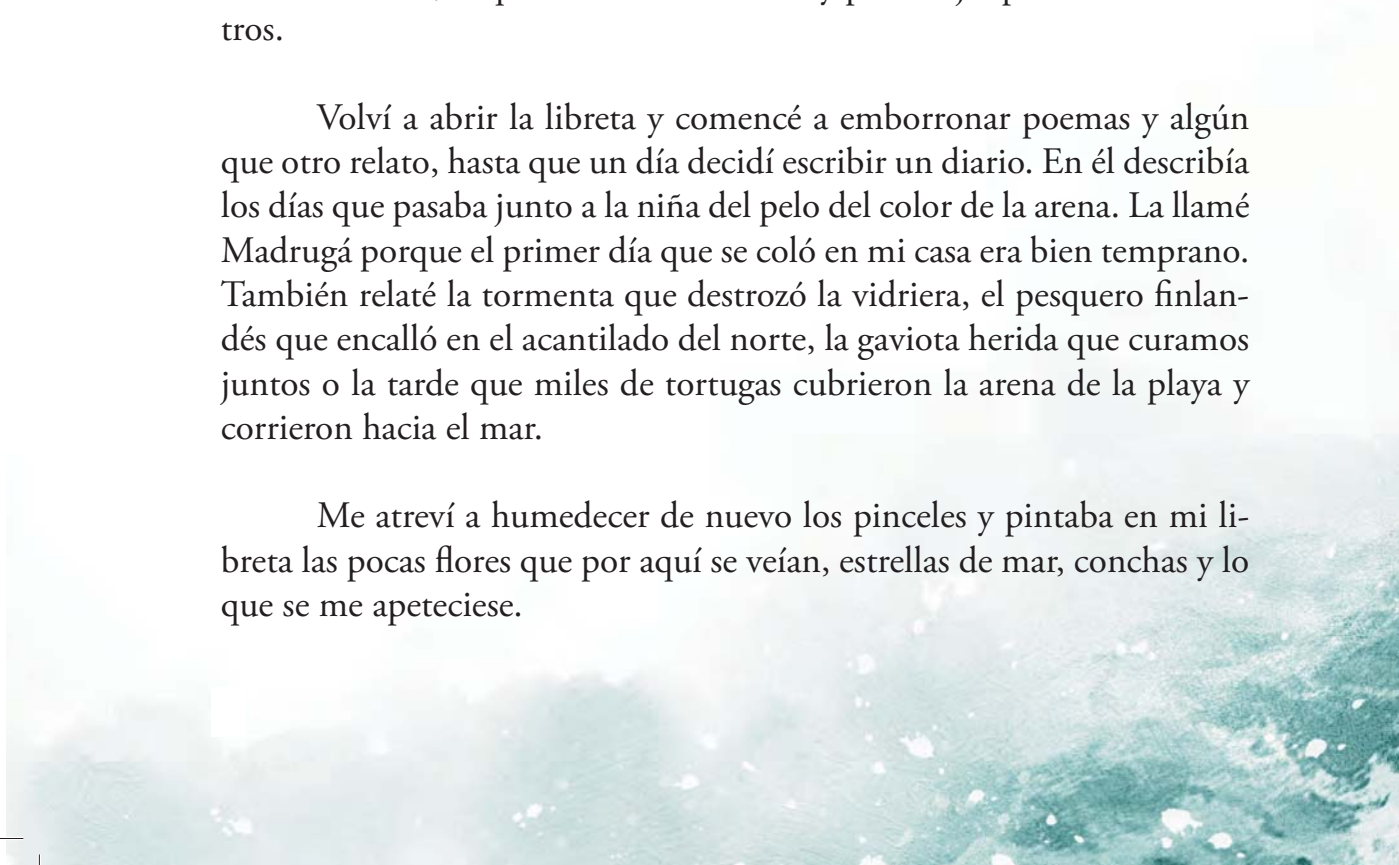
Las canciones atraían a Madrugá. Cuando la cara A del vinilo acababa, ella siempre estaba allí, con su mano izquierda escondida en el bolsillo del pantalón de lana, para darle la vuelta. Me había acostumbrado a las melodías infinitas mientras trabajaba. Eran letras desgarradas, de amores imposibles.

Cuando por culpa de las lluvias o los desprendimientos me quedaba aislado y Madrugá no llegaba hasta el faro, cantaba una y otra vez aquellas canciones. Me imaginaba a la niña balbucear las letras conmigo, como si estuviese cerca. Incluso me callaba para que fuese su voz la que entonara el estribillo en aquel momento.

Tenía a mi tocadiscos y a Madrugá; a mis canciones y a Madrugá; a mi faro y a Madrugá, la niña de voz aterciopelada, de mirada tibia, la que siempre llevaba su mano izquierda escondida en el bolsillo del pantalón de lana. Las visitas de la niña me despertaron de nuevo el gusto por la lectura. Cuando me acercaba al pueblo, ahora pasaba por la biblioteca y traía conmigo algunos textos de Dickens, J.R.R. Tolkien, Matute o Cortázar. A veces se los leía y otras era ella, mientras ascendía hasta el balcón del faro, la que descubría historias y personajes parecidos a nosotros.

Volví a abrir la libreta y comencé a emborronar poemas y algún que otro relato, hasta que un día decidí escribir un diario. En él describía los días que pasaba junto a la niña del pelo del color de la arena. La llamé Madrugá porque el primer día que se coló en mi casa era bien temprano. También relaté la tormenta que destrozó la vidriera, el pesquero finlandés que encalló en el acantilado del norte, la gaviota herida que curamos juntos o la tarde que miles de tortugas cubrieron la arena de la playa y corrieron hacia el mar.

Me atreví a humedecer de nuevo los pinceles y pintaba en mi libreta las pocas flores que por aquí se veían, estrellas de mar, conchas y lo que se me apeteciese.

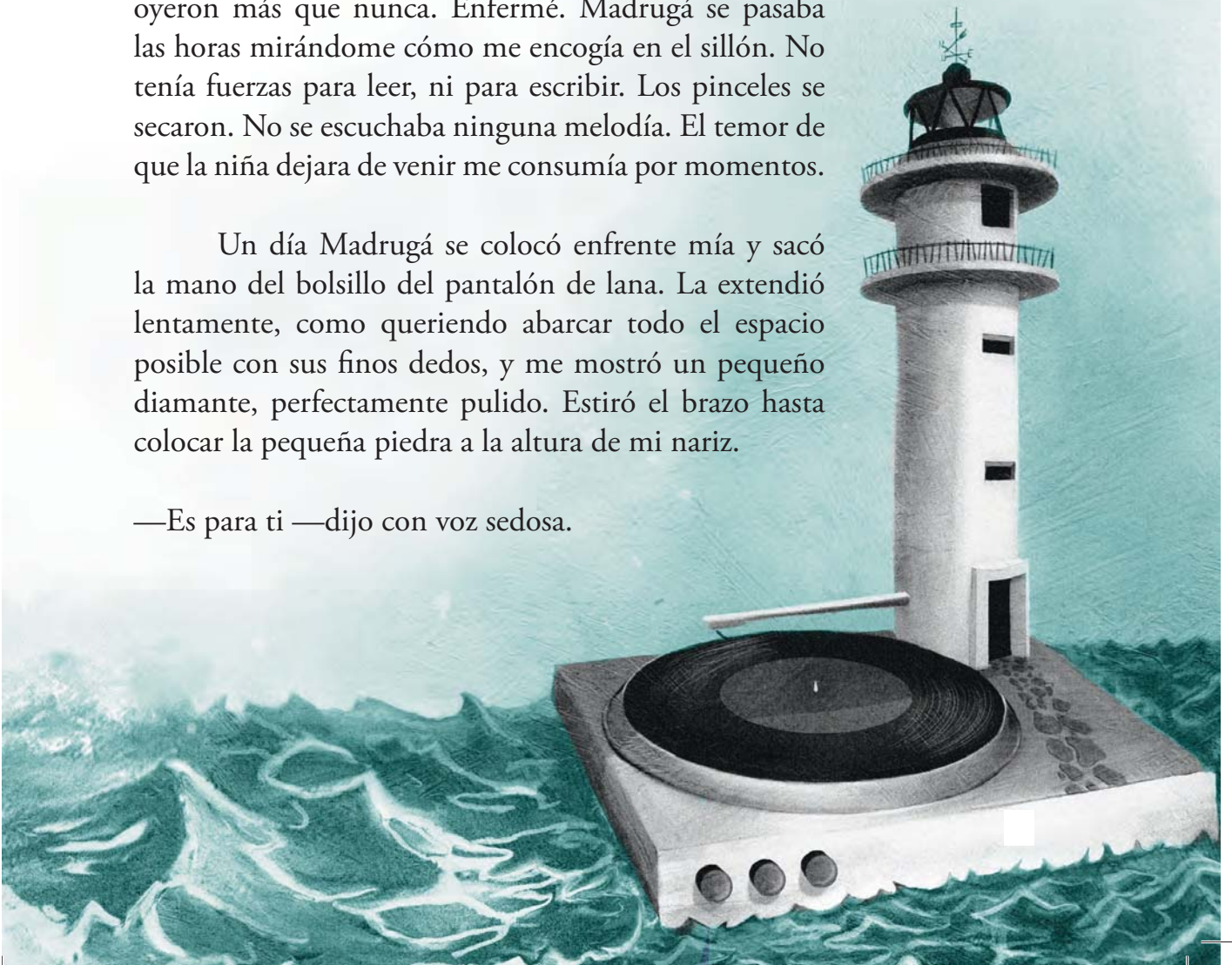


daniel martin castellano . álex falcón

Pero a finales de otoño, la aguja del tocadiscos se estropeó. El silencio me envolvió sin remedio. Las voces callaron y las gaviotas se oyeron más que nunca. Enfermé. Madrugá se pasaba las horas mirándome cómo me encogía en el sillón. No tenía fuerzas para leer, ni para escribir. Los pinceles se secaron. No se escuchaba ninguna melodía. El temor de que la niña dejara de venir me consumía por momentos.

Un día Madrugá se colocó enfrente mía y sacó la mano del bolsillo del pantalón de lana. La extendió lentamente, como queriendo abarcar todo el espacio posible con sus finos dedos, y me mostró un pequeño diamante, perfectamente pulido. Estiró el brazo hasta colocar la pequeña piedra a la altura de mi nariz.

—Es para ti —dijo con voz sedosa.



Le coloqué el diamante al brazo del tocadiscos. Lo puse en marcha. La chiquilla no se había movido de donde estaba y me seguía con la mirada por la habitación. Cuando Carlos Gardel cantó de nuevo «El día que me quieras», las piedras del faro volvieron a iluminar mi vida.

Le pedí a Madrugá que volviera a esconder la mano izquierda en el bolsillo del pantalón de lana.

Terminé de escribir el diario.

Ya hace meses que Madrugá dejó de visitarme, pero sé que en algún lugar ella estará cantando alguna de las canciones que aprendimos juntos o leyendo algunos de los cuentos que disfrutamos. Yo he empezado una nueva libreta. He comprado pinceles nuevos. Sigo liando anzuelos. Aunque ya no voy al pueblo a buscar libros porque Lía, la bibliotecaria, me los alcanza al faro, bien temprano, casi de madrugada.